

Hombres necios

Claudia Barrionuevo

7/30/2007

Como madre intento intervenir lo menos posible en los conflictos escolares y/o amistosos de mis hijas. Entiéndanme bien: no es que me desentienda —valga la redundancia— de ellas, pero no soy de las mamás que pasan metidas en el colegio tratando de arreglar sus peleas con las amigas o sus desencuentros con los profesores.

La semana pasada estuve a punto de meterme en un incidente del que fue víctima mi hija Manuela. Como bien dice su hermana Valeria, Manu es demasiado buena. Y con esto quiere decir que le cuesta mucho decir no, que se preocupa por la opinión que los demás tengan de ella y que prefiere evitar conflictos guardándose su opinión.

Luego de “andar” con un muchacho por algunos días, Manu decidió “terminar” con él. “Andar” significaba conversar con él durante los recreos. El problema es que ella quería dedicarle dos de los cuatro recreos y el resto del tiempo compartir con sus amigas. Esto no le gustaba al amigo en cuestión que esperaba que mi hija estuviera con él durante todo su tiempo libre. Cuando él empezó a acusar a algunas de sus amigas de “lesbianas” realmente me preocupé, sobre todo notando la angustia de Manu que no quería separarse de sus compinches, con toda razón. El muchacho empezó a utilizar a otras compañeritas para presionarla con demandas de atención inusitadas.

Cuando por fin, harta de sus ansias de posesión, Manuela decidió cortar la “relación”, él primero intentó provocar su lástima pero luego llegó a una actitud de despecho insólita: revisó el bulto de mi hija y sacó de él su preciada bolsita de maquillajes. No la cámara de fotos, no el cuaderno de matemáticas, ni la cartuchera: los maquillajes. Lo cual resulta curiosamente simbólico.

Cuando mi hija se dio cuenta y le reclamó, él le recordó que —dos meses atrás, cuando aún “andaban” juntos— ella se había tomado un juugo que él había comprado y que, por lo tanto, debía pagarle \$300 para recuperar sus maquillajes. “Todo se paga en la vida” le advirtió.

Manuela me lo contó la mañana del jueves, durante el desayuno. Yo monté en cólera y le advertí que si ella no hacía algo, lo haría yo, así fuera llamar al colegio y acusar al ladrón de maquillajes (¡ni mi marido revisa mi cartera!) o llamarlo a él mismo para hacerle ver su vergonzosa actitud.

Mi hija optó por darle unas monedas y el insolente muchachito le devolvió el preciado bolso con el que él había pretendido — simbólicamente— robarle su atractivo. Imposible: su belleza natural y su juventud no requieren maquillajes.

No sé si estoy de acuerdo con la solución que asumió mi pequeña, pero lo importante para mí era dejarle claro que ningún hombre tiene derecho a manipular sus sentimientos, a rebuscar entre sus cosas privadas, a obligarla a nada que ella no quiera.

Ante el juicio mediático de un hombre que —aparentemente— drogaba a su esposa, la dominaba física y psicológicamente, la golpeaba y finalmente la asesinó, cualquier madre se aterra al pensar que sus hijas pueden ser víctimas de un machismo que no cesa. Que cualquier energúmeno poco evolucionado siga pensando que tiene poder sobre nosotras solo por ser del sexo masculino.